rada, por la sonrisa de la sirena de cabellos de oro, no tuvo otro remedio que rendirse, á discrecion.

-Sea... cederé-dijo suspirando.

-No de muy buen grado.... Convengamos en ello-dijo la jóven sonriendo.-Pero en fin, cedeis y esto es lo principal. Vamos, ya es-

-Ya comprendereis-comenzó Robertocucho. que el conde Gordes, con su título y su fortuna, era un gran partido. Las principales personas del país solicitábanle para sus hijas y tratában de conquistarle; pero él burlaba las asechanzas como una salamandra en medio de los fuegos mas ó menos desinteresados que se quemaban á su alrededor. Creíase incapaz de amar.

-¿V lo era en efecto?-preguntó Lazarine. -Le parecia al menos; pero de repente, hace dos años y medio, se enamoró.

XVI

-¿Verdaderamente se enamoró?-repitió Lazarine.

-Con locura-contestó el marqués. Iba éste á continuar, pero la jóven no le dió tiempo.

-Perdonad si os interrumpo; es para una cuestion de importancia. Sé que el señor de Gordes es jóven, sé que es rico, pero no habeis dicho si es hermoso.

--No me atreveria á afirmar que Raul de Gordes sea verdaderamente hermoso en la acepcion completa de la palabra -contestó el señor de la Tour du Roy,-pero creo difícil encontrar caballero mas simpático. El conde es alto y delgado, esbelto y vigoroso á la vez, elegante en su figura y en sus modales. Una abundante cabellera de un color castaño claro, naturalmente rizada, adornaba su rostro irregular, pero que seduce á pesar de su irregularidad y de rara distincion. La nariz es quizá un poco grande, y la boca tambien; pero los ojos dan vida extraordinaria á su rostro, y sus labios, que entreabre una constante sonrisa, dejan ver dientes admirables. La expresion general es atractiva y espiritual. Ved, querida Lazarine, la fotografía de Raul de Gordes, no como será hoy, sino como era hace dos años, cuando su partida, interrumpió bruscamente nuestras relaciones de vecindad. ¿Qué os parece el retrato suyo, cuyo parecido os garantizo?

-Pienso, como vos, que el conde debia ser muy seductor-dijo Lazarine sonriendo, -ahora que casi le conozco, proseguid, os lo ruego. De quién se enamoró el señor de Gordes? El marqués y la jóven no habian abandonado la meseta desde donde se abarcaba el imponente paisaje que hemos descrito anteriormente.

El caballero extendió su látigo hácia un punto del horizonte.

-¿Veis-preguntó-veis una mancha blanca algo á la izquierda de los bosques del parque de Gordes?

—Sí; debe ser un pequeño castillo á juzgar por la distancia. ¿Estoy equivocada?

-Nó; ese pequeño castillo, denominado la Granjette, y las tierras que de él dependen, pertenecian á un jóven de buena familia, pero casi sin fortuna, al baron Enrique de Braines, capitan de caballeria y amígo de la infancia de Raul de Gordes. Cansado del servicio á consecuencia de un percance del cual, con razon ó sin ella, pretendia ser víctima, presentó su dimision hace tres años y vino á establecerse á la Granjette con su mujer, casada por amor el año precedente en una ciudad donde él estaba de guarnicion. Julia de Braines no habia aportado á su marido mas que una dote insignificante, una educacion esmerada y sus magnificos ojos. Tenia veintidos ó veintitres años. De gran belleza, de superior entendimiento, del cual se mostraba orgulloso su marido sin comprenderle, porque el ex-capitan, hombre de corazon y de excelentes cualidades, era de vulgar inteligencia.

Esperaba ser muy dichoso en la Granjette, y hacer una vida cómoda, merced á sus quince ó diez y seis mil libras de renta y á los principios de verdadera economía que habia inculcado á su mujer.

En los labios de Lazarine se inició una mueca irónica.

—Hé ahí una mujer—dijo—cuya suerte no hubiese yo envidiado.

Pero se guardó de decir esto en voz alta. El marqués de la Tour du Roy continuó:

—El dominio de la Granjette (desde aquí le veis, pero sin daros cuenta exacta de las distancias) se encuentra en uno de los extremos del parque de Gordes.

Atravesando el parque puede irse de la pequeña propiedad al castillo señorial en menos de media hora.

Enrique de Braines, definitivamente establecido en el país, se apresuró á reanudar sus relaciones con su amigo de colegio, lo que fué tanto mas fácil cuanto que se habian profesado verdadero cariño en otro tiempo y no se habian dejado de ver. Sus relaciones se hicieron íntitimas y casi cuotidianas.

Raul de Gordes sintió desde luego vivas simpatías hácia aquella encantadora mujer, tan digna de brillar en el mundo elegante, y condenada por la falta de fortuna de su marido á una larga existencia incolora en una irritante medianía.

Procuró distraerla, puso á su disposicion caballos de silla, organizó partidas de caza en su honor, la invitaba constantemente con su marido; en fin, aunque soltero, dió algunas fiestas rogándole fuese la reina y representase el papel de dueña de la casa.

¿Proyectaba algo Raul de Gordes al conducirse así? Lo ignoro; diré mas, no lo creo. Enrique de Braines, en la lealtad de su carácter, hallaba todo esto muy natural, y estaba verdaderamente reconocido al conde. Ninguna sospecha vino á turbar la confianza absoluta en su mujer y en su amigo.

-¡Imbecil!-pensó Lazarine.

Y luego en alta voz y con afectada sencillez preguntó:

-¿No era natural esa confianza? ¿Por qué

habia de sospechar? -¡Sublime candor!-murmuró Roberto-La-

zarine, sois un ángel. -¿No me respondeis?-continuó la jóven.

-Los hechos responderán por mí. Esta imprudente intimidad de todos los dias, de todas horas, estaba llena de peligros, como lo probó pronto un suceso; Raul se enamoró perdidamente de Iulia.

Lazarine hizo un gesto de asombro.

-: Enamorose de la mujer de su amigo!exclamó.

-;An! sí.

-Pero eso es un crímen.

-¡Adorada mia! os habeis empeñado en que refiriese la aventura. Negábarne vo á iniciar en vuestra alma tan pura los lamentables errores que todavía no podeis comprender. Quisiera callar. ¿Debo hacerlo?

-En modo alguno. Continuad, quiero sa-

berlo todo.

-Pronto concluyo. Raul no pudo ocultar por mucho tiempo la pasion que sentia por Julia, y la pobre mujer tardó poco en corresponder. Fueron culpables.

-¿Culpables?-dijo Lazarine con tal expresion de inocencia que el señor de la Tour du Roy bajó á su pesar los ojos ante la atrevida

mirada de la jóven.

-¡Culpables!-balbuceó-porque olvidaron que la señora de Braines no podia disponer libremente de su corazon, y porque la ley de Dios y de los hombres le prohibían escuchar con agrado las promesas y juramentos del conde de Gordes, y contestar á ellas con promesas y pensamientos semejantes.